

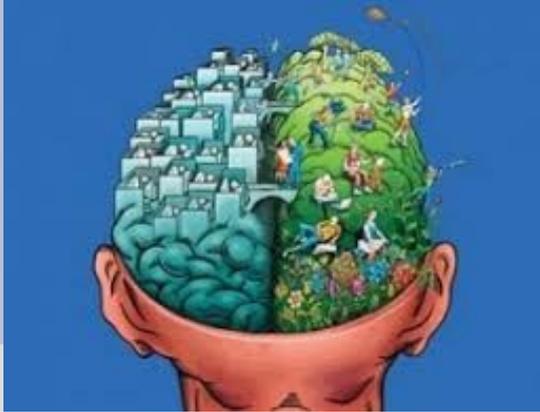
Cultura

(del latín: *cultūra*)

1. f. cultivo.
2. f. Conjunto de conocimientos que permite a alguien desarrollar su juicio crítico.
3. f. Conjunto de modos de vida y costumbres, conocimientos y grado de desarrollo artístico, científico, industrial, en una época, grupo social, etc.



REAL ACADEMIA ESPAÑOLA



El término latín *cultūra* deriva de la voz *colere* que significa tanto cuidado del campo como del ganado. Hacia el siglo XIII, el término se empleaba para designar una parcela cultivada, y tres siglos más tarde había cambiado su sentido como estado de una cosa, al de la acción: el cultivo de la tierra o el cuidado del ganado, el sentido de vocablos como agricultura, apicultura, y piscicultura y otros. Por la mitad del siglo XVI, el término adquiere una connotación metafórica, como el cultivo de cualquier facultad.

La cultura es el conjunto de los conocimientos y saberes acumulados a lo largo de milenios de historia. En tanto una característica universal (el vocablo), se emplea en número singular, puesto que se encuentra en todas las sociedades sin distinción de etnias, ubicación geográfica o momento histórico.

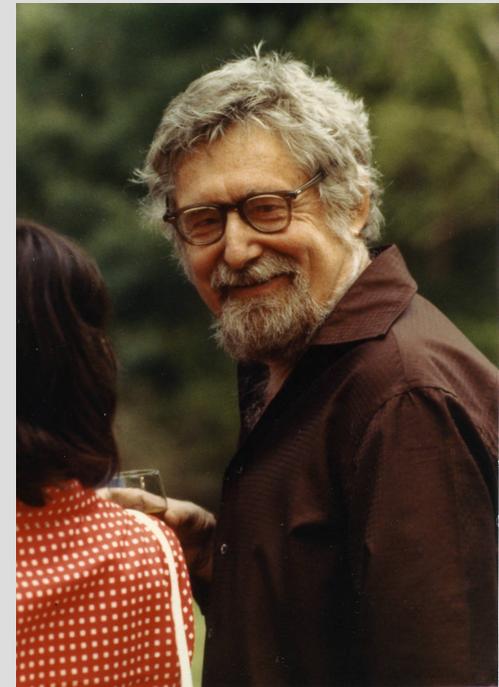
Clifford Geertz

(1926 - 2006)

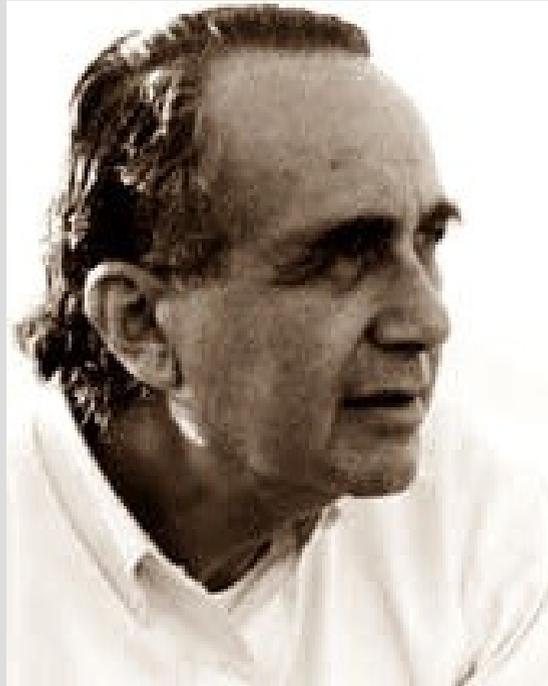
Clifford Geertz comparte con el estructuralismo francés la tesis de la cultura como un sistema de símbolos pero, a diferencia de Lévi-Strauss, Geertz señala que no es posible para los investigadores el conocimiento de sus contenidos.

Al creer tal como Max Weber que el hombre es un animal suspendido en tramas de significación tejidas por él mismo, consideró que la cultura se compone de tales tramas, y que el análisis de ésta no es, por tanto, una ciencia experimental en busca de leyes, sino una ciencia interpretativa en busca de significado.

Geertz pone en duda la autoridad de la etnografía. Señala que a lo que pueden limitarse los antropólogos es a hacer interpretaciones plausibles del significado de la trama simbólica que es la cultura, a partir de la descripción densa de la mayor cantidad de puntos de vista que sea posible conocer respecto a un mismo suceso. No cree que todos los elementos de la trama cultural posean el mismo sentido para todos los miembros de una sociedad. Más bien cree que pueden ser interpretados de modos diferentes, dependiendo, ya de la posición que ocupen en la estructura social, ya de condicionamientos sociales y psíquicos anteriores, o bien, del mismo contexto.



Marvin Harris y el materialismo cultural



Marvin Harris (1927 - 2001)

La propuesta de Marvin Harris puede ser asimilada a una forma de ecofuncionalismo en el que se encajan categorías introducidas por Marx. Entender la evolución cultural y la configuración de las sociedades dependería de condiciones materiales, tecnológicas e infraestructurales. El materialismo cultural establece una triple división entre grupos de conceptos que atiende a su relación causal: infraestructura (modo de producción, tecnología, condiciones geográficas, etc.), estructura (modo de organización social, estructura jerárquica, etc.) y supraestructura (valores religiosos y morales, creaciones artísticas, etc.).

Jesús Mosterín

Jesús Mosterín (Bilbao, 24 de septiembre de 1941- Barcelona, 4 de octubre de 2017) fue un antropólogo, filósofo y matemático español cuyas aportaciones abarcan un amplio espectro del pensamiento contemporáneo. Sus reflexiones se sitúan con frecuencia entre la filosofía y la ciencia que, según él, siempre fueron simbióticas.

Basándose en los avances en la comprensión del fenómeno cultural aportados por la antropología cultural, la arqueología y la biología, Mosterín ha desarrollado una rigurosa filosofía de la cultura que se plantea directamente preguntas clave como qué es la cultura, dónde está y cómo evoluciona en el tiempo. Tanto la naturaleza humana como la cultura humana son información, pero se diferencian por la manera como se transmiten: mientras la información natural se transmite genéticamente y está codificada en el genoma, la información cultural se transmite por aprendizaje social.





Cultura e información

La cultura no es un fenómeno exclusivamente humano, sino que está bien documentada en muchas especies de animales superiores no humanos. Y el criterio para decidir hasta qué punto cierta pauta de comportamiento es natural o cultural no tiene nada que ver con el nivel de complejidad o de importancia de dicha conducta, sino sólo con el modo como se trasmite la información pertinente a su ejecución. Los chimpancés son animales muy culturales. Aprenden a distinguir cientos de plantas y sustancias, y a conocer sus funciones alimentarias y astringentes. Así logran alimentarse y contrarrestar los efectos de los parásitos. Tienen muy poco comportamiento instintivo o congénito. No existe una 'cultura de los chimpancés' común a la especie. Cada grupo tiene sus propias tradiciones sociales, venatorias, alimentarias, sexuales, instrumentales, etc. La cultura es tan importante para los chimpancés, que todos los intentos de reintroducir en la selva a los chimpancés criados en cautividad fracasan lamentablemente. Los chimpancés no sobreviven. Les falta la cultura. No saben qué comer, cómo actuar, cómo interaccionar con los chimpancés silvestres, que los atacan y matan. Ni siquiera saben cómo hacer cada noche su alto nido-cama para dormir sin peligro en la copa de un árbol. Durante los cinco años que el pequeño chimpancé duerme con su madre tiene unas 2.000 oportunidades de observar cómo se hace el nido-cama. Los chimpancés hembras separados de su grupo y criados con biberón en el zoo ni siquiera saben cómo cuidar a sus propias crías, aunque lo aprenden si ven películas o vídeos de otros chimpancés criando

(Mosterín, 1998)

Richard Dawkins



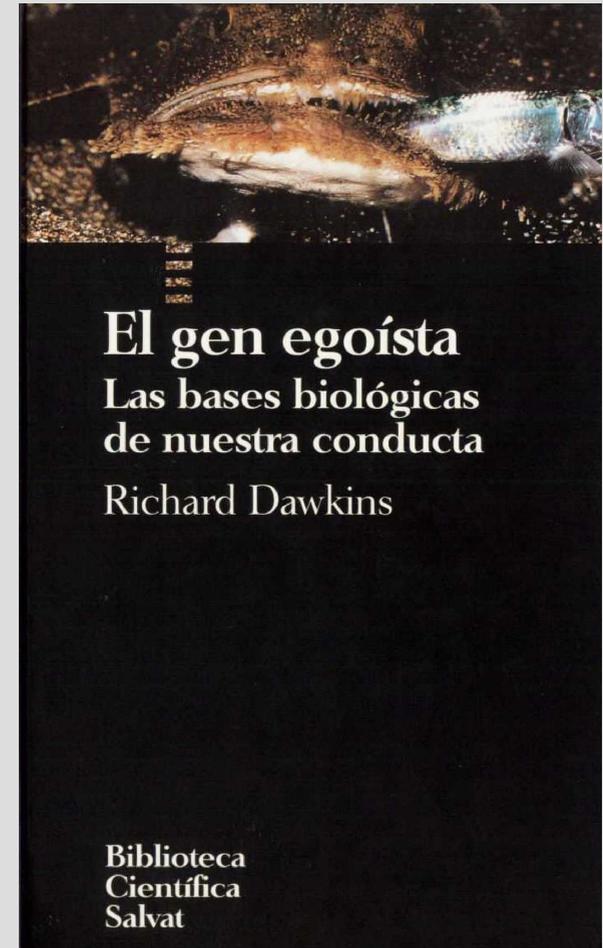
Etólogo, zoólogo, biólogo evolutivo y divulgador científico británico. Fue titular de la cátedra Charles Simonyi de Difusión de la Ciencia en la Universidad de Oxford hasta 2008.

Es autor de *El gen egoísta*, obra publicada en 1976, que popularizó la visión evolutiva enfocada en los genes, y que introdujo los términos meme y memética.

En 1982, hizo una contribución original a la ciencia evolutiva con la teoría presentada en su libro *El fenotipo extendido*, que afirma que los efectos fenotípicos no están limitados al cuerpo de un organismo, sino que pueden extenderse en el ambiente, incluyendo los cuerpos de otros organismos.

Los memes y la transmisión cultural

Richard Dawkins defiende la existencia de una unidad de transmisión cultural llamada meme. El concepto de memes se ha vuelto mucho más aceptado tras haber realizado una investigación más amplia sobre los comportamientos culturales. Dawkins sugiere que, por mucho que los individuos puedan heredar genes de cada uno de los padres, estos adquieren memes a través de la imitación de lo que observan a su alrededor. Las acciones más relevantes (aquellas que aumentan las probabilidades de supervivencia), tales como la arquitectura y la artesanía, son más propensas a ser prevaletentes, permitiendo formar una cultura.

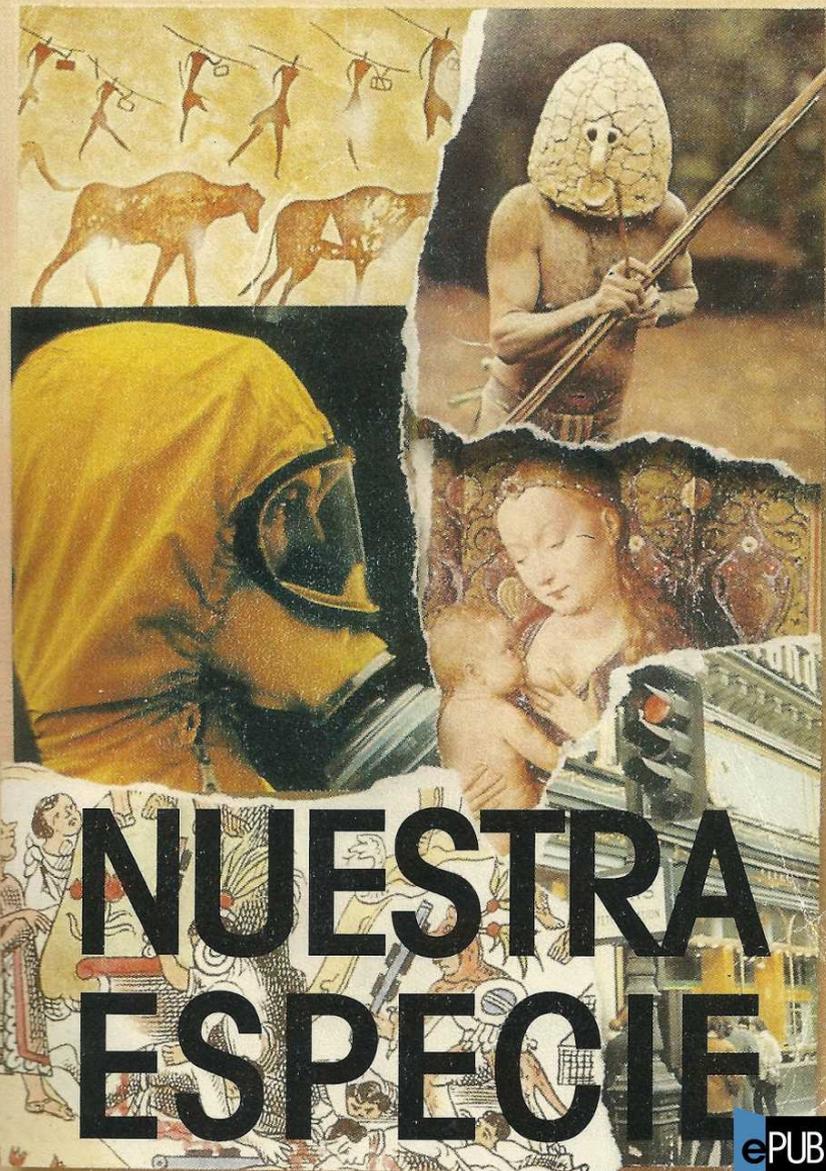


¿Hay cultura no humana?



El aprendizaje y la transmisión son los dos componentes que definen a la cultura, en especial en la creación de herramientas y el adquirir comportamientos que mejoren la calidad de vida. Si se usa esta definición es posible concluir que otros animales tienen las mismas posibilidades de adaptarse a los comportamientos culturales que los humanos. Una de las primeras muestras de cultura humana fue la utilización de herramientas. Se ha observado a los chimpancés usando herramientas tales como piedras y palos para acceder a la comida más fácilmente. Hay otras actividades que requieren aprendizaje que también han sido exhibidas por animales. Algunos ejemplos de estas actividades que varios animales han mostrado son abrir ostras, nadar, lavar su comida y abrir tapas de lata. Esta adquisición y distribución de comportamientos se correlaciona directamente con la existencia de memes. Refuerza especialmente el componente de selección natural, al ver cómo estas acciones empleadas por los animales son mecanismos para hacer sus vidas más largas. La mayoría de las investigaciones culturales antropológicas han girado en torno a los primates no humanos, debido a que son la especie más cercana a los humanos. En no primates la investigación tiende a ser limitada y, por tanto, hay escasez de pruebas de que exista cultura. Sin embargo, el tema se ha vuelto más popular recientemente y ha incitado a la iniciación de más investigaciones.

MARVIN HARRIS



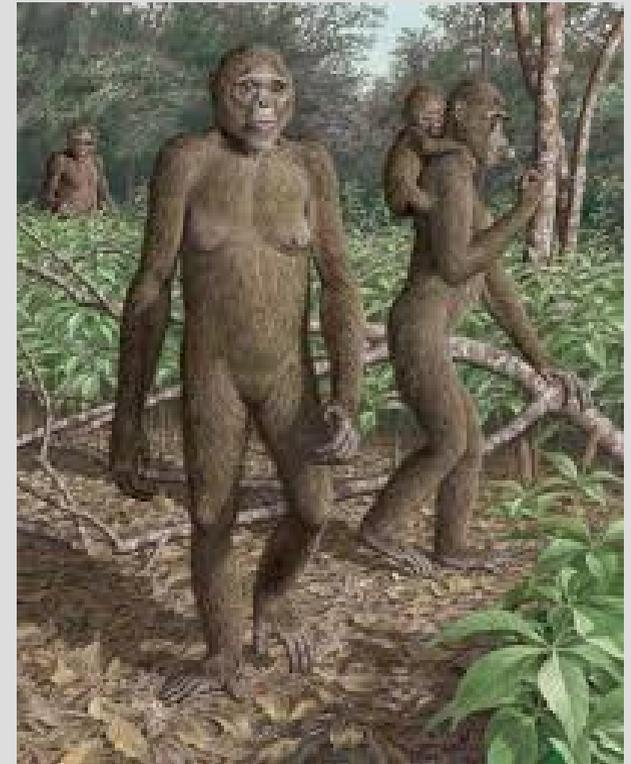
La diferencia fundamental entre culturas rudimentarias y culturas desarrolladas es de carácter cuantitativo. Simios y monos cuentan con escasas tradiciones, pero los humanos tienen innumerables. Artefactos, prácticas, normas y relaciones culturales constituyen la mayor parte de su entorno. Los humanos no pueden comer, respirar, defecar, aparearse, reproducirse, sentarse, trasladarse, dormir o tumbarse sin seguir o expresar algún aspecto de la cultura de su sociedad. Sus culturas crecen, se expanden y evolucionan. De la realidad química surge, superándola, la realidad cultural, del mismo modo que aquélla surge, superándolo, de su sustrato químico y físico. Cuando sus antepasados traspasaron el umbral del despegue cultural, realizaron un avance tan decisivo como la transición de la energía a la materia o de los aminoácidos a la proteína viva.



Los simios en estado salvaje no demuestran dotes excepcionales de comunicación. Sus conductas de comunicación se componen en buena medida de expresiones faciales instintivas y lenguaje corporal. Arquean el labio superior formando una sonrisa cuando se ven amenazados, hacen pucheros en momentos de intranquilidad y enseñan los dientes en situaciones de peligro. Para demostrar sumisión, presentan el trasero, alargan una mano, se agachan y se menean; para infundir miedo, erizan el pelo, saltan, sacuden árboles, arrojan piedras, agitan los brazos y caminan desafiantes a cuatro patas. Algunos llegan a arrastrar ramas para llamar la atención e iniciar el movimiento del grupo en una dirección determinada. Utilizan sonidos vocálicos instintivos para expresar una gama de significados más amplia, pero aun así poco impresionante: aha significa que han encontrado comida, wrah comunica miedo, auk expresa perplejidad, un ladrido suave o una tos demuestran enojo. Lloran, gimotean o gritan para señalar que se hallan en peligro. Se saludan con resoplidos, expresan su excitación con ladridos y gruñen para mostrar que están satisfechos con sus compañeros de nido o cuando disfrutan de una buena comida. Ríen, jadean, chasquean los labios y castañetean los dientes con motivo de contactos físicos amistosos. Jadean y gritan, en fin, mientras copulan. Pero no tienen nombres para llamarse unos a otros, ni pueden decirse lo que han hecho sin ser vistos ni preguntar por objetos concretos, como un palo, una nuez, una piedra o un plátano (a menos que alguien cercano posea uno de esos objetos).

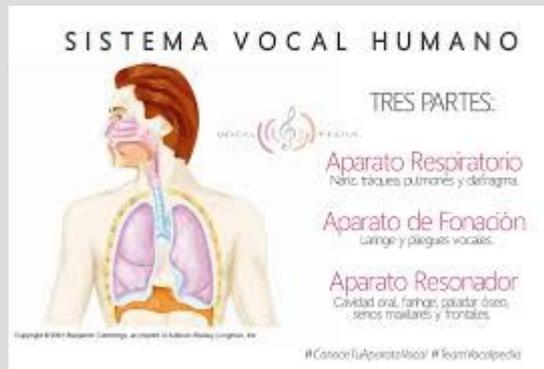
Australopithecus Afarensis

Cuanto más nos rodeamos o dependemos de bienes y servicios creados culturalmente, mayor necesidad tenemos de pedir a los demás que nos ayuden a conseguirlos. A medida que nuestros antepasados empezaron a depender más y más de la fabricación y utilización de herramientas, y de las tradiciones culturales, su repertorio sujeto a control genético de gruñidos, muecas y rabieta no bastaría ya para expresar la gama creciente de peticiones que tenían que realizar. Los gestos y sonidos de invención cultural aumentarían proporcionalmente. Los experimentos con monos adiestrados indican que el afarensis pudo haber poseído un repertorio de 100 ó 200 gestos o sonidos adquiridos socialmente, que emplearía para realizar peticiones sencillas a los demás. No se trataba de una lengua tal y como nosotros la conocemos, pero constituía con certeza el punto de partida del cual pudo haber evolucionado la lengua tal y como nosotros la conocemos.



El triunfo del sonido

A medida que la utilización de mayores y más precisos repertorios de sonidos dotados de significado comenzaba a incrementar el éxito reproductor, la parte de las vías respiratorias de nuestros antepasados denominada faringe se volvió singularmente flexible y alargada. En todos los demás mamíferos la faringe es pequeña, porque la laringe (o tráquea superior) se sitúa cerca de la base del cráneo, conduce directamente a la parte posterior de la cavidad nasal y permanece aislada de la boca durante la respiración. A causa del tamaño de la faringe de los humanos, los conductos de la comida y del aire se entrecruzan, con la extraña consecuencia de que, como señaló Charles Darwin, «cada partícula de comida o de bebida que tragamos tiene que pasar por el orificio de la tráquea, con cierto riesgo de que caiga a los pulmones». En realidad, «tragar por el lado malo», que puede ser mortal para nosotros pero que es imposible para los demás mamíferos, es el precio que pagamos por poseer gargantas profundas. Sin embargo, los beneficios de esta disposición superan los peligros, por cuanto poseer una faringe alargada nos permite formar los sonidos vocálicos i, e y o, que son componentes esenciales de todas las lenguas humanas.





Dichos sonidos los producen las más complejas maniobras de control motor que pueden realizar los humanos, y son posibles sólo porque están completamente automatizadas. Los circuitos nerviosos que capacitan para automatizar el habla humana evolucionaron al mismo tiempo que la capacidad de la faringe para crear sonidos vocálicos. Los presapiens no sólo carecían de una faringe capaz de producir vocales, sino también de los circuitos nerviosos destinados a conseguir con rapidez cualquier sonido distintivo que fuesen capaces de hacer. Hablar con perfección supone oír con perfección. Distinguir las diferencias entre los sonidos es tan propio de lo humano como el ser prolíficos fabricándolos. No hay nada más característico su naturaleza que la tendencia a balbucear y gorjear cuando son pequeños. Mientras que las lenguas humanas utilizan poco menos de cincuenta sonidos distintos para formar sus palabras y frases, los niños producen espontáneamente una variedad de vocalizaciones mucho mayor. Los padres y demás miembros de la comunidad hablante refuerzan de manera gradual los ruidos lingüísticamente apropiados y reprimen los que no son necesarios para producir los sonidos de su lengua o no hacen caso de ellos

¿Lenguas primitivas?

Los agtas de Filipinas disponen de treinta y un verbos distintos que significan «pescar», cada uno de los cuales se refiere a una forma particular de pesca. Pero carecen de una simple palabra genérica que signifique «pescar». En las lenguas del tronco tupí habladas por los amerindios de Brasil, existen numerosas palabras que designan especies distintas de loros, pero no existe una palabra genérica para «loro». Otros lenguajes carecen de palabras para lo específico; cuentan con palabras distintas para los números comprendidos entre el 1 y el 5, y después se sirven sencillamente de una palabra que significa «mucho». Los lingüistas de nuestros días se han dado cuenta de que carecer de palabras generales o específicas no tiene ninguna relación con el nivel evolutivo de las lenguas. Simplemente, refleja que las necesidades culturalmente definidas son específicas o generales. Los agtas, cuya subsistencia depende principalmente de la pesca, no tienen ninguna necesidad de referirse a la pesca como actividad general; lo importante para ellos son las formas específicas de pescar. Del mismo modo, los hablantes de lenguas de las sociedades ágrafas necesitan conocer las características distintivas de las plantas. Por término medio, identifican entre 500 y 1.000 especies vegetales distintas por su nombre, en tanto que los hablantes corrientes de lenguas de las sociedades urbanas industriales conocen sólo el nombre de 50 a 100 especies. Poco sorprendentemente, los habitantes de las ciudades se las arreglan mejor con conceptos vagos como hierba, árbol, arbusto, matorral o enredadera. Los hablantes de lenguas que carecen de números específicos después del 5 también se las arreglan muy bien, porque muy pocas veces tienen que ser precisos contando grandes cantidades. Si se presenta la ocasión de ser preciso, se las apañan repitiendo el término mayor cuantas veces sea necesario.

Edward Sapir



Nació en Lauenburg, Alemania (1884) en el seno de una familia judía ortodoxa que emigraría a EE. UU. a finales del siglo XIX. Fue discípulo del antropólogo Franz Boas, precursor del relativismo cultural, y profesor de Benjamin Whorf. Es considerado uno de los lingüistas más importantes de Estados Unidos, y ha influido sobre otros lingüistas importantes como Noam Chomsky.

Estudioso de los lenguajes amerindios, fue uno de los primeros en investigar las relaciones entre el lenguaje y la antropología. En 1921 afirmó que el lenguaje determina el pensamiento, de forma que cada lengua lleva aparejada una forma de pensar. Señaló que la lengua es un método de comunicación de ideas, emociones y deseos por medio de símbolos producidos voluntaria y no instintivamente, por lo que el lenguaje es resultado de un proceso meramente cultural y social.

El lenguaje da cuenta del mundo de los hablantes

Los hablantes de las sociedades ágrafas también carecen frecuentemente de palabras para especificar los colores. Como no dominan las técnicas de los tintes y las pinturas, apenas necesitan conocerlos. Pero si es necesario, pueden siempre adaptarse a la ocasión refiriéndose al «color del cielo», al «color de la leche» o al «color de la sangre». Hasta las partes del cuerpo reciben nombres con arreglo a la necesidad cultural de referirse a ellos. En los trópicos, donde las personas no utilizan demasiada ropa, se suelen hablar lenguas que agrupan «mano» y «brazo» en un sólo término y «pierna» y «pie» en otro. La gente que vive en climas más fríos y que visten prendas especiales (guantes, botas, mangas, pantalones, etc.) para las diferentes partes del cuerpo, disponen más frecuentemente de palabras diferentes para «mano» y «brazo», «pie» y «pierna». Así pues, ninguna de estas diferencias puede considerarse prueba de una fase más primitiva o intermedia de la evolución lingüística. Los aproximadamente tres millares de lenguas habladas en el mundo de hoy poseen una estructura fundamental común y requieren sólo cambios menores en el vocabulario para cumplir con idéntica eficacia las tareas de almacenar, recuperar y transmitir información y de organizar la conducta social. Por consiguiente, la conclusión del gran lingüista antropológico Edward Sapir sigue teniendo vigencia: «Por lo que toca a la forma lingüística, Platón camina mano a mano con el porquero macedonio y Confucio con el salvaje cortador de cabezas de Assam.»

Ludwig Wittgenstein

Ludwig Josef Johann Wittgenstein (Viena, 26 de abril de 1889- Cambridge, 29 de abril de 1951) fue un filósofo, matemático, lingüista y lógico austriaco, posteriormente nacionalizado británico. Publicó el *Tractatus logico-philosophicus*, que influyó en gran medida a los positivistas lógicos del Círculo de Viena, movimiento del que nunca se consideró miembro. Tiempo después, el *Tractatus* fue severamente criticado por el propio Wittgenstein en *Los cuadernos azul y marrón* y en sus *Investigaciones filosóficas*, ambas obras póstumas. Fue discípulo de Bertrand Russell en el Trinity College de la Universidad de Cambridge, donde más tarde también él llegó a ser profesor.



El pensamiento filosófico de Wittgenstein suele dividirse en dos períodos: el primer período gira en torno a su primer trabajo importante, publicado en 1923: el *Tractatus logico-philosophicus*. Luego de su publicación, Wittgenstein dejó la filosofía, creyendo haber resuelto todos los problemas filosóficos. Varios años después, tras algunos traspies, Wittgenstein volvió a enseñar y filosofar, pero con un espíritu muy distinto al que guio su trabajo anterior. De este segundo período resultaron las *Investigaciones filosóficas*, publicadas de manera póstuma en 1953. Estos dos trabajos son tan diferentes, que a veces se habla de un "primer Wittgenstein" o "Wittgenstein del Tractatus", y de un "segundo Wittgenstein" o "Wittgenstein de las Investigaciones"

Los juegos del lenguaje

Para Wittgenstein, un lenguaje es un conglomerado de juegos, los cuales estarán regidos cada uno por sus propias reglas. El asunto está en comprender que estas reglas no pueden ser privadas. La razón está en que el único criterio para saber que seguimos correctamente la regla está en el uso habitual de una comunidad: si me pierdo en una isla desierta, y establezco un juego para entretenerme, al día siguiente no puedo estar seguro de si cumplo las mismas reglas que el día anterior, pues bien podría fallarme la memoria o haber enloquecido. Lo mismo ocurre con los juegos de lenguaje: pertenecen a una colectividad y nunca a un individuo solo. Esto tendrá importantes consecuencias para la posterior filosofía de la mente, pues ¿qué sucede con esos términos que refieren a nuestras experiencias privadas, los llamados términos mentales, como "dolor"? El significado de la palabra "dolor" es conocido por todos. Sin embargo, yo no puedo saber si llamas "dolor" a lo mismo que yo, ya que yo no puedo experimentar tu dolor, sino solamente el mío. Esto lleva a Wittgenstein a comprender que el uso de la palabra "dolor" viene asociado a otra serie de actitudes y comportamientos (quejas, gestos o caras de dolor, etc.) y que solo con base a ello terminamos por asociar la palabra "dolor" a eso que sentimos privadamente.

Por otro lado, desde esta misma perspectiva, los llamados "problemas filosóficos" no son en realidad problemas, sino perplejidades. Cuando hacemos filosofía, nos enredamos en un juego de lenguaje cuyas reglas no están determinadas, ya que es la propia filosofía la que pretende establecer esas reglas; es una suerte de círculo vicioso. De ahí que la misión de la filosofía sea, para Wittgenstein, "luchar contra el embrujo de nuestro entendimiento por medio del lenguaje".

Los juegos del lenguaje

